



REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Jane MacLaren Walsh y Brett Topping, *The Man Who Invented Aztec Crystal Skulls. The Adventures of Eugène Boban* (Nueva York: Berghahn Books, 2019).**

**Adrián Viale**

*Universidad Pedagógica Nacional*

*adrianviale@gmail.com*

*Fecha de recepción: 03/12/2019*

*Fecha de aprobación: 05/12/2019*

**E**ste excelente libro tiene un nombre engañoso. Los conocidos cráneos de cristal de roca que podemos encontrar hoy en muchos museos están asociados en efecto al nombre del anticuario francés Eugène Boban. Pero es difícil considerar que él los “inventó”, salvo que uno limite el significado del verbo al acto de asociar a algunos de estos cráneos con pueblos del México precolombino, o que uno se refiera (nada más que como hipótesis) a la creación de solo algunos de los mencionados cráneos. Pero además, mucho más importante, el nombre del libro es engañoso porque pone en el centro de la escena algo que en el fondo no es más que una excusa. La obra no trata exclusivamente sobre estos artefactos, o sobre la asociación de Boban con ellos, sino que funciona como una muy completa biografía de un gran experto en historia precolombina, con un muy interesante trasfondo histórico y académico a ambos lados del Atlántico.

La vida pública de Boban ocurrió durante la segunda mitad del siglo XIX. Como dicen los autores al comienzo mismo del libro (p. 11), esta época fue el “lejano oeste” del coleccionismo arqueológico y etnográfico: fue una era en la que existía una relativa facilidad para viajar en un mundo cada vez más conectado, al mismo tiempo que había un mayor interés en culturas diferentes y antiguas. Se establecieron muchos museos que intentaban obtener más objetos, más rápido, de tantos lugares como fuera posible. Los objetos (sus coleccionistas) circulaban sin culpa. Los objetos falsos se multiplicaban, y con ellos surgían los expertos, capaces de diferenciar entre artefactos falsos y verdaderos, lo cual generaba un crecimiento recíproco: a más expertos, más y mejores falsificaciones, más objetos circulantes.

Boban llegó al nuevo continente a mediados del siglo XIX. Se dirigió primero a California, en plena fiebre del oro. Solo más tarde bajaría a la ciudad de México, de la que se enamoraría y donde pasaría parte de su vida, manejando una exitosa tienda de antigüedades durante más de una década. El contexto era propicio para una personalidad curiosa e interesada como la de Boban. Desde finales del siglo XVIII se venía produciendo el gran redescubrimiento de las sociedades precolombinas de la región, desde la gran admiración despertada por los objetos desenterrados en el centro de la capital (la piedra del sol, la estatua de Coatlicue, la piedra de Tízoc), pasando por las famosas descripciones geográficas e históricas de Alexander von Humboldt, la obra de Guillermo Dupaix y José Luciano Castañeda publicada en los años treinta en las *Antiquités Méxicaines*, los *Incidentes de viaje* de John Lloyd Stephens, sumadas a la circulación de antiguas colecciones manuscritas que cruzaban el Atlántico y, en particular, a un mercado de objetos antiguos cada vez más importante, con artefactos precolombinos que se ubicaban en los mejores museos de Europa (el Louvre adquiriría la colección Latour Allard en 1849), y que abría paso a su vez a un mercado cada vez más lucrativo de falsificaciones.

Boban, aunque no tenía estudios formales, era un gran erudito. Estaba muy informado sobre la historia de la región y adquiriría un excelente dominio no solo del español, sino también del náhuatl. Era, por supuesto, un anticuario y obtenía objetos para comercializarlos. Por lo general, él mismo realizaba excavaciones, en una zona donde los restos arqueológicos se contaban por millares y donde había todavía vía libre para realizarlas. Por sus manos pasaban objetos excelen-

tes, más allá de que como todo comerciante exagerara muchos de sus descubrimientos, por vanidad y para vender los artefactos a un precio más caro. Tenía también interés por la historia natural, en particular la ornitología, y comerciaba con todo tipo de artefactos obtenidos de las maneras más diversas: por dar solo un interesante ejemplo, muchos de sus objetos coloniales (tal vez incluso algunos de los cráneos de cristal, como veremos) provenían de la expropiación de la Iglesia católica realizada bajo el gobierno de Benito Juárez.

La edad de oro para el trabajo de Boban en México probablemente haya sido el breve pero intenso gobierno imperial de Maximiliano cuando, luego de vender algunos artefactos al emperador, llegó a presentarse como el anticuario de la corte. La intervención francesa se vio acompañada de la creación de comisiones científicas perfectamente comparables con aquella creada varias décadas antes por Napoleón sobre Egipto. La *Commission scientifique du Mexique* se componía de sabios que en su mayoría vivían en el viejo continente, pero además se conformó una *Commission scientifique, littéraire et artistique du Mexique*, dirigida por el coronel Doutrelaine, con investigadores radicados en México. Boban trabajó en relación con esta comisión por intermedio de Doutrelaine, ayudando por ejemplo a distinguir los objetos desenterrados durante la construcción de fuertes del ejército, y recibiendo como contraparte muchos de estos artefactos.

Un hecho peculiar e importante de la trayectoria de Boban fue su participación en las exposiciones universales que se realizaban en París en aquellos años, y que servían para promover las civilizaciones que estudiaba ante un público ávido de historia y exotismo. Boban envió buena parte de su colección a la Exposición Universal de 1867, pero en ese caso el contexto le jugó una mala pasada: durante la exposición Maximiliano fue asesinado, y los franceses perdieron interés por una tierra que ya no poseían y de la que solo llegaban noticias desalentadoras. Los objetos mexicanos se asociaban con derrotas y ni siquiera el Louvre los compraría.

En este contexto, Boban se vio obligado a retornar a París a hacerse cargo de la colección, instalándose en un local frente a Cluny, en 35 rue Du Sommerard. Un aspecto interesante del análisis hecho por los autores es que en París muchos de los objetos de Boban se vendían de manera descontextualizada, como lo que los franceses llamaban *bibelots*, es decir, pequeños objetos decorativos sin más función que la de embellecer un lugar. Además, Boban comerciaba en Francia

con objetos prehistóricos y realizaba (como era común en su época) moldes en yeso de los objetos más llamativos. El anticuario vivió en París acontecimientos trascendentales, como el sitio prusiano y la comuna, donde no parece haber tomado partido por ninguno de los contrincantes. Ya en esta época era muy respetado y producía publicaciones de un alto estándar. En 1875 logró finalmente vender buena parte de su colección a Alphonse Pinart, quien tardaría varios años en saldar la deuda. Por este medio, la colección de Boban llegaría al Museo de etnografía del Trocadero y se convertiría a la larga en el núcleo central de la colección de objetos mexicanos del Musée de l'Homme y del actual Quai Branly. Antes, la colección Pinart fue presentada en la Exposición Universal de 1878; la calavera de cristal que se encuentra hoy en el Quai Branly ya se encontraba allí y su procedencia era ya analizada con escepticismo por algunos estudiosos.

Boban continuó comprando y vendiendo, por supuesto, ya que era su medio de vida. Su local se convertiría también en una librería. Su tienda era internacionalmente reconocida, vendiendo objetos a importantísimos estudiosos de su época afincados en diversos lugares: Bucarest<sup>1</sup>, Lisboa (Francisco António Pereira da Costa), Viena (Ferdinand von Hochstetter), Roma (Luigi Pigorini) o Inglaterra (Pitt Rivers, quien donaría su colección a Oxford). También en museos franceses, como el museo de antigüedades nacionales de Saint-Germain-en-Laye, hoy Museo Arqueológico Nacional.

En 1885, por alguna razón, Boban decidió retornar a México. Esta vez el anticuario encontró que ya no tenía un monopolio de hecho, sino que existían varios locales que vendían antigüedades. Su negocio funcionaba ahora también como un “museo científico”, de acuerdo al nombre que le había puesto, cobrando entrada para ver algunos de sus productos. Entre otras cosas, Boban exhibía allí cadáveres momificados desenterrados durante la destrucción del convento de Santo Domingo bajo la presidencia de Juárez. Las momias eran sacerdotes y monjas que habían vivido allí y sus cadáveres se habían momificado por el ambiente, pero Boban, como otros exhibidores de la época, los hacía pasar por víctimas de la Inquisición. Entre dos de estas momias ubicaba un

---

1 El M. Stefanescu mencionado en el texto (p. 142) es muy probablemente Grigoriu Ștefănescu, siendo la M. no la inicial de su nombre sino la abreviación de Monsieur.

conjunto de calaveras antiguas, y entre ellas una calavera de cristal de buen tamaño que tenía bajo su poder por lo menos desde 1881.

Su estadía en México esta vez no fue exitosa. De esta época data un intento de hacer pasar su cráneo de cristal como un objeto antiguo, intentando venderla al Museo Nacional de México, despertando dudas sobre su procedencia. También en este momento tuvo una sucia disputa con Leopoldo Batres, con quien había trabajado. Boban decide irse a Nueva York, donde su tienda dura también poco tiempo. Finalmente decide rematar toda su colección en el año 1886, vendiendo buena parte de ella. El objeto que más caro se vende es la calavera de cristal, probablemente comprada por Tiffany's, que es la misma que luego de algunos años terminaría en el British Museum. Si bien el cráneo no se vende entre los objetos del México pre-hispánico, Boban realiza una descripción del mismo que es por lo menos engañosa: se habla de su procedencia mexicana y se menciona que las calaveras humanas jugaban un importante rol ritual entre los pueblos del antiguo México. En esta época Boban vende objetos también a otras instituciones; los autores del libro se interesan en particular por sus negociaciones con el Smithsonian. Boban vuelve a París, donde vende finalmente el resto de su colección a Eugène Goupil. Trabajaré para él, como curador de esta colección y colaborador suyo en sus nuevas adquisiciones, siendo la colección exhibida por ambos en la Exposición Universal de 1889, la tercera que cuenta con objetos de Boban.

Para finalizar con los aspectos biográficos, es necesario destacar que Boban desempeñó también un papel fundamental para que la extraordinaria (y polémica) colección de manuscritos y códices de Joseph Aubin quedara en Francia, justo en el momento en que el gobierno mexicano intentaba repatriarla. Por su intermedio, Goupil la compró y la exhibió, por medio de facsímiles, en la Exposición Universal de 1889. Los documentos fueron publicados por Boban en 1891 y pasaron eventualmente a engrosar el departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Francia<sup>2</sup>. Boban vivió sus últimos años disfrutando de un merecido prestigio.

El libro que aquí reseñamos es una biografía académica. Sabemos muy poco de la vida privada de Boban; casi nada de sus parejas, por ejemplo, que apenas aparecen mencionadas en algu-

---

<sup>2</sup> Eugène Boban, *Documents pour servir à l'histoire du Mexique. Catalogue raisonné de la collection de M. E.-Eugène Goupil (ancienne collection J.-M. Aubin)* (París: Leroux, 1891).

na correspondencia. No es tampoco, como ya observamos, un libro que se concentre en el problema de los cráneos de cristal. Es mucho más que eso. Es una excelente obra que rescata la vida y trayectoria de un gran anticuario e historiador, recuperando no solo sus contribuciones al desarrollo de aquellas áreas de la ciencia que fueron de su interés, sino todo el contexto que lo permitía, en la segunda mitad del siglo XIX, cuando todo estaba aún por descubrirse, tanto en el viejo como en el nuevo mundo. El resultado es altamente recomendable.



En cuanto a aquellos que estén interesados en los cráneos de cristal de roca, de mediana fama durante el crepúsculo del siglo XX, y de proverbial estrellato desde la última película de Indiana Jones, deberían concentrarse en el capítulo 15. Allí se detalla la información sobre las diez calaveras de cristal que aparecieron en colecciones y museos en esta época, entre las décadas de 1860 y 1880, muchas vinculadas (probablemente o como hipótesis defendible) con Boban.

1 – Una pequeña calavera de 3,7 centímetros que perteneció a la colección de Wilson Wilberforce Blake, que pasaría al Smithsonian y desaparecería en los años setenta. Blake tenía una muy mala opinión de Boban y consideraba a mediados de los años ochenta que su propia calavera de cristal era la única que tenía algún valor. Él la había obtenido del padre Augustin Fischer, secretario privado y confesor del emperador Maximiliano.

2 – Una pequeña calavera de 3,5 centímetros que perteneció a Andrew Ellicott Douglass, adquirida en el remate que hiciera Boban en Nueva York en 1886, donada luego al American Museum of Natural History, donde se encuentra hoy bajo el número de catálogo DN/28. Douglass la donó con otros objetos, entre ellos una pequeña mano de cristal que hasta hoy el museo describe como azteca.

3 – Una pequeña calavera, de unos 2,4 por 3,5 centímetros, que se encuentra en el British Museum (catálogo Am, St.420), donada según el museo por Henry Christy, aunque no puede descartarse que haya sido adquirida luego de su muerte gracias a fondos provistos por su testamento.

4 – La calavera que se encuentra hoy en el Quai Branly de París bajo el número de inventario 71.1878.1.57. Como ya fue mencionado, fue adquirida por Pinart al comprar la colección de Boban y se exhibió en la exposición universal de 1878, entrando a la colección del museo del Trocadero más tarde. Tiene unos 11 centímetros de alto.

5 – La más conocida de todas tiene una altura de 25 centímetros y se encuentra hoy en el British Museum bajo número de inventario Am1898, -,1. La encontramos en la colección de Boban desde por lo menos 1881, fue adquirida probablemente por Tiffany's en el remate de 1886, vendida a George Sisson y vendida por Tyffany's nuevamente en 1897 al British Museum, donde se exhibe hoy en un rincón de la sala 24, la Wellcome Trust Gallery.

6 – Una pequeña calavera que también hizo el trayecto Boban – Pinart – Trocadero – Musée de l'Homme – Quai Branly, donde se encuentra hoy bajo el número de inventario 71.1878.1.216. Mide 1,8 centímetros y no se encuentra en muy buenas condiciones.

7 y 8 – Dos pequeñas calaveras adquiridas por el Museo Nacional de México a coleccionistas locales: Luis Costantino en 1874 y Félix Mala en 1880. Hoy se encuentran en el Museo Nacional de Antropología.

9 – Una pequeña calavera en la base de un crucifijo de cristal, unidos a un relicario alemán del siglo XVI, que perteneció a Vincenzo Funghini y se encuentra hoy en el Museo Nazionale d'Arte Medievale e Moderna de Arezzo.

10 – Una pequeña calavera de cristal que perteneció a Zaverio Calpini, y que hoy forma parte, junto con el resto de la colección de Calpini, del Museo Civico d'Arte Antica de Turín.

Lo primero que se observa al ver esta descripción es una diferenciación muy marcada entre pequeñas calaveras, de alrededor de tres centímetros cada una, y los cráneos más grandes presentes en el Quai Branly y el British Museum. Algunas de las calaveras pequeñas son muy probablemente objetos coloniales. Cuentan con una perforación y posiblemente eran usadas como partes de un rosario, aunque también podían unirse a otros objetos devocionales, como lo hace la número 9. No es imposible que la calavera del Quai Branly haya sostenido también un crucifijo.

Tampoco puede descartarse que hayan pasado por las manos de Boban luego de haber sido expropiadas durante el gobierno liberal. A algunos de estos objetos de devoción católica se les dio una procedencia precolombina, probablemente entre las décadas de 1860 y 1880. Otras de estas pequeñas calaveras, junto con la más grande que hoy se encuentra en el British Museum, fueron realizadas muy probablemente con técnicas modernas, tal como demuestran los autores al comienzo mismo del libro.

Más calaveras de cristal siguieron entrando a colecciones de museos durante el siglo XX y se encuentran hoy en lugares como el Museum Volkenkunde de Leiden o el Dumbarton Oaks Museum de Washington D.C. La calavera de Mitchell-Hedges, en la base de las historias más descabelladas sobre este tema, fue realizada en los años veinte o principios del treinta tomando como modelo la del British Museum. El Smithsonian recibió a su vez en los años noventa otra copia de unos 25 centímetros con una carta proclamando que su procedencia era azteca. El objeto de este estudio por parte de Jane MacLaren Walsh es el lejano puntapié que dio origen a esta estupenda investigación.